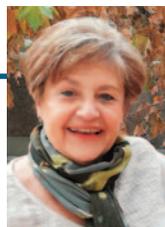


“La casa no es un hotel”



Ana Rodríguez Ortiz
Terapeuta de familia

O lo que es lo mismo ¿cómo convivir con hijos adolescentes? Es la pregunta que con más frecuencia se hacen los padres. Y es que la mayoría de ellos han olvidado tres cuestiones que, a mi juicio, me parecen importantes.



La primera es que la adolescencia es una etapa y como tal no dura toda la vida, aunque a algunos se les haga interminable. La segunda es que no saben cuándo comienza, tan solo advierten algunos cambios de conducta o de humor en sus hijos, pero a menudo lo interpretan como “algo que está fallando” “este niño está insoportable”, o ¡con lo bien que iba todo...! Y por último, todos los padres padecen una especie de amnesia y no recuerdan que ellos también pasaron por esa etapa en la que no se entendían con sus padres.

La importancia de la adolescencia

Esta etapa comienza entre los 11-13 años, aunque las niñas comienzan y acaban el proceso antes que los niños. Es un periodo donde se produce un desarrollo cerebral seguido de un proceso de reorganización de las diferentes regiones cerebrales. Es la base del cerebro adulto donde empieza a formarse la identidad que coincide con el proceso de “individualización” de la persona, en donde se

cuestiona todo, le molesta todo, no entiende por qué se le exigen cosas, y se le ponen normas que antes no se consideraban importantes.

Los límites ayudan a madurar

Todos los niños quieren y necesitan comprender las normas de cada uno de los contextos en los que viven (casa, colegio, parque, etc.). Necesitan saber hasta dónde pueden llegar y qué pasa cuando rebasan los límites establecidos. Si no pasa nada, es decir, si no hay ninguna consecuencia, aprenderán a saltarse dichos límites, en vista de que no hay nada que les frene.

Los límites, aparte de que sirven para que los hijos se sientan seguros y protegidos, les aportan estabilidad emocional y gracias a ellos tienen una orientación que guíe su conducta. De este modo, se consigue que se vayan haciendo responsables de las consecuencias de su comportamiento.

Uno de los motivos para poner límites, es que con ellos se aprende a ser feliz y libre sin hacerse daño

a sí mismo y a los demás. Cuando un hijo ejerce su libertad de una manera consciente se sentirá respetado y establecerá acuerdos con sus padres porque las normas no serán impuestas sino consensuadas.

Las normas no se ponen por capricho, tampoco por las preferencias individuales de los padres. El objetivo es que ellos aprendan a desenvolverse con seguridad e identifiquen su entorno como estable.

Si los padres son excesivamente permisivos y no introducen ningún límite, porque, a su juicio, no lo consideran necesario, están cometiendo una negligencia. Siempre son necesarios y cuando los límites están claros y no cambian constantemente, los hijos saben si su conducta es adecuada o no, y las consecuencias que tiene el saltarse una norma.

Cuando se ponen límites en una casa es inevitable que surjan problemas ya que lo más probable es que el niño intente saltárselos, y lo que debe aprender es que no siempre puede hacer lo que quiere. No se trata de entrar en una lucha de poder, de control de obediencia, sino de demostrar quién está “al mando de la nave” y hacerles ver que “la casa no es un hotel”, donde sólo se reciben atenciones, deben colaborar en la organización de la misma.

Al principio necesitan que las normas vengan de fuera, que las fijen los padres, lo cual va a dar lugar a que, con el tiempo, sean ellos los que establezcan sus propias normas que dirijan su comportamiento. Así cuando sean adultos, no precisarán que alguien les diga cómo actuar, porque habrán aprendido e interiorizado cuando su comportamiento es adecuado o no.

Características de los límites

Los límites han de ser:

- Realistas: Posibles de cumplir y estar ajustados a su realidad (edad habilidades, grado de maduración).
- Claros: Han de ser entendidos para que se puedan cumplir y los hijos entiendan lo que se espera de ellos.
- Ponerlos “a priori” y no como consecuencia de un acto no justificado.
- Coherentes: los distintos miembros de la familia tienen diferentes funciones y por tanto diferentes normas, según edad.

Estas normas o límites no deben ser rebasados, y si lo son, los padres deben exigirles explicaciones. Pero si se producen fuera del entorno familiar pueden llegar a tener repercusión social (rotura de



cristales en el colegio, rotura de farolas, ataques a personas mayores...); los padres deben hacerse responsables de los desperfectos si son menores o mayores sin recursos, si bien, sería oportuno obligarles a cumplir algún tipo de castigo apropiado a su edad, y en función de la gravedad del acto cometido.

Los límites se pueden poner sobre las tareas domésticas, el aseo personal, el trato basado en el respeto y los buenos modales con los distintos miembros familiares, el horario de ver T.V., el móvil, horario de entrada y salida de la casa, horario de las comidas y cenas si se puede, el orden en el dormitorio, las “pagas”, las compras, los regalos... y por supuesto hacer su cama.

De la flexibilidad extrema a la rigidez

En la actualidad son muchas las voces que opinan sobre los límites: que si algunos padres son muy flexibles y no les exigen mucho; que a mi hijo ni me lo toquen; que yo a mi hijo le doy todo lo que yo no tuve, etc. Hay otros que culpan a la sociedad de consumo, en la que todo vale con tal de “conseguir lo que se quiere, y lo quiere ya”, pasando por algunos padres que ponen límites un tanto desorbitados: “o dan a sus hijos la luna” o “les quitan el pan”.

Bien es verdad que, hay personas que forman parte de esa cadena productiva y de consumo cuyo contexto socio cultural ya se ocupa de crear nuestras necesidades de todo tipo, relacionadas con el consumo y la “felicidad”, que afectan a todo tipo de personas: mayores, jóvenes y pequeños. Lo cual, no deja de ser un problema a la hora de educar, puesto que las “necesidades materiales” muchas veces están por encima de las necesidades básicas de muchas familias (el coche, la ropa de marca, las salidas, el veraneo, las celebraciones multitudinarias, en fin, lo que ahora se llama el “estado de confort”).

El problema aparece cuando todas esas necesidades que de alguna manera se nos imponen,



queremos cubrir las sobre todo con los hijos, y no podemos, con lo que puede sobrevenir la “frustración o la búsqueda a toda costa” de conseguir las, aunque ello suponga el vivir por encima de nuestras posibilidades. Así vemos que hay padres que, con tal de que el hijo celebre una comunión o una boda por todo lo alto, son capaces de supereditarse a un préstamo bancario para no quedarse atrás. Los hay que, cercanos a la jubilación, siguen pagando la boda, el viaje o la hipoteca del piso de su hijo...

Esta postura a lo que lleva es a dar más importancia al “tener” que al “ser” y a que el día de mañana se caiga en la “insatisfacción”, el “vacío” o el “sin-sentido” de la vida, a la más mínima frustración con lo que ello conlleva.

Problemas a la hora de poner límites

No obstante, hay que tener cuidado a la hora de poner límites, porque pueden surgir problemas:

- La falta de acuerdo en la pareja, y si alguno de ellos baja la guardia y permite que los hijos se los salten o le quita la autoridad a la otra persona, es un error.
- La negociación. A medida que los hijos van siendo más adultos es posible que haya que llegar a una negociación con los hijos cuando expresan algún punto razonable o defienden con lógica su razonamiento, para llegar a un acuerdo, en el que ambas partes queden igualadas. Esto no significa ceder, de hecho, con una negociación bien llevada se puede llegar a una mayor cooperación.
- Dar respeto para obtener respeto. A veces los hijos, sobre todo los adolescentes pueden parecer dramáticos o que tomen decisiones poco acertadas respecto a amistades, estilo personal, amigos, rupturas sentimentales, y pueden necesitar un asesoramiento. Ante ello, no hay que menospreciar o quitar importancia a sus proble-

mas, es más, si ellos no ven respeto y atención en los padres, es posible que les retiren su confianza y les traten de la misma manera. Se trata de escuchar y no juzgar. Luego puede venir la orientación.

- A medida que van siendo mayores hay que reforzarles el sentido del trabajo/estudio y darle la importancia que tiene, hasta el punto de que todos los días, llueva o haga sol, esté cansado o no, debe acudir a su trabajo o estudio, como hacen los padres. Todo el mundo tiene obligaciones personales, sociales y profesionales. Esto se llama “disciplina” y “responsabilidad”.
- Trabajar temas conflictivos: consumo de alcohol, tabaco, otras drogas.
- Uso de vehículos.

¿Cómo se logra todo eso?

Con la comunicación, con el diálogo. A veces se piensa que, si no hay diálogo, es porque todo va bien, porque no existen conflictos, puesto que no hay discusiones ni roces. Pero esta postura no deja de ser un “mecanismo de defensa” para convencerse de que en la familia no hay problemas.

Siempre los hay y a veces muy importantes. Y en situaciones así, deben ser los padres los que se acerquen a los hijos y preguntarles si necesitan algo o cómo se encuentran. Si no se habla, se pierde la oportunidad de conocerse, y de compartir momentos que les vinculará afectivamente y de acercamiento generacional. Es necesario escucharse unos a otros y compartir problemas: por parte de los padres: problemas de trabajo, paro, enfermedades, economía familiar; y por parte de los hijos: estudios, dificultades académicas, amigos, relaciones sentimentales, rupturas, o aspectos psicológicos de personalidad. Llegados a una edad, es conveniente que hablen de sus necesidades, unos y otros. Eso de que los padres vivan situaciones difíciles y no quieran compartirlas con sus hijos mayores es un error. Todo se debe de tratar en la familia en la medida que se pueda (para que los hijos sepan adaptarse al tipo de familia que tienen).

Este diálogo debe ser mantenido en el tiempo y entre todos los miembros de la familia. Para ello es necesario enseñar a los niños desde pequeños a comunicarse, haciéndoles sentir que lo que dicen es importante.

Y, para terminar, recordar que la autoridad de los padres lleva implícita la exigencia de decir “NO”, cuando proceda. El hecho de utilizarlo sirve a los hijos para que aprendan a tolerar las frustraciones.

“Un “NO”, no culpabiliza a quien lo dice y sin embargo educa a quien lo escucha”.



EVANGELIZADOS PARA EVANGELIZAR

SANTIAGO AGRELO

P.V.P.: 10€
126 páginas
ISBN:
978-84-284-0843-1

“Recibir con alegría la buena noticia que es Cristo Jesús, entregar la llave de la propia vida a Cristo Jesús, dejarnos ungir y llevar por su Espíritu, acoger la misión que el Espíritu nos confía, eso significa dejarse evangelizar. Si nos dejamos, entonces ya no podremos dejar de evangelizar”.



EN LA ESCUELA DE LA LECTIO DIVINA De Jesús a los Padres

Mª PILAR AVELLANEDA RUÍZ

P.V.P.: 12,50€
206 páginas
ISBN:
978-84-284-0844-8

Cada día, liturgia y vida consagrada, intrínsecamente vinculadas, son el recuerdo de la primacía del Evangelio en nuestras vidas, y signo de lo esencial en la vida de la Iglesia. Esto conlleva un empeño diario por dar prioridad a la escucha de la Palabra, y al gesto litúrgico, constantemente reavivado.



DÉJATE PREGUNTAR POR JESÚS

ÁNGEL MORENO DE BUENAFUENTE

P.V.P.: 12,50€
194 páginas
ISBN:
978-84-284-0847-9

NUEVO

Este libro es la reflexión sobre algunas de las preguntas que Jesús hace a los suyos, a lo largo de los Evangelios. El autor nos introduce de manera pedagógica, a la manera del texto bíblico, en cuestiones que despiertan la atención sobre la relación que un cristiano debe mantener con Cristo.



FRENTE A LA GUERRA La construcción de un orden mundial justo

MARCIANO VIDAL

P.V.P.: 14€
246 páginas
ISBN:
978-84-284-0848-6

NUEVO

Una obra que aborda una cuestión de actualidad: la invasión bélica de Ucrania por Rusia, iniciada el 24 de marzo de 2022 y todavía en curso. Tal “operación militar especial” tiene la condición real de una guerra de agresión y de invasión. El autor la analiza desde la perspectiva de la Teología moral católica.